

# minúsculas

Serie Interiores, Fernell Franco

## Hambre

Andrés García Londoño

Juan X ha decidido dejar de comer. El porqué de su decisión importa poco para este texto. Lo que importa es que ha dejado de hacerlo y los cambios que su cuerpo comienza a padecer.

Los dos primeros días, las consecuencias son mínimas, pues como no hay desnutrición anterior, el cuerpo de Juan tiene suficientes reservas de glucosa en la sangre y el hígado para mantener sus funciones. Cuando consume esas reservas, su cuerpo comienza a extraer la glucosa que ha almacenado en los

músculos, e incluso el páncreas deja de producir insulina con el fin de que esos músculos liberen también las proteínas que guardaron. El cuerpo de Juan lucha por mantener sus funciones, entonces, consumiendo cualquier reserva que tenga. El organismo tiene dos prioridades: conseguir proteínas para los órganos encargados de las funciones vitales, y, lo más importante, enviar 120 gramos diarios de glucosa al cerebro para mantenerlo funcionando.

A partir del quinto día, el cuerpo ya no tiene reservas, por ello recurre al autocanibalismo para poder sobrevivir. En esta segunda fase, lo primero que “se come” son sus propias grasas. Un adulto sano tiene de diez a once kilos de grasa; suficientes para sobrevivir unos cuarenta

días. Juan pierde en esta etapa el apetito y lo invade una sensación de apatía. También su cerebro pierde funciones, pues el Ph de la sangre ha bajado y la acidosis disminuye el rendimiento del corazón, por lo que el cerebro deja de recibir suficiente sangre y se producen desmayos y pérdida de funciones cerebrales. Sus excrementos son pequeños y secos, como los de un chivo, pues están compuestos sólo por células muertas e incluso la regeneración celular ha disminuido; además, el organismo usa la mayoría del agua para “disolverse a sí mismo” y poder consumir sus tejidos no esenciales. Por otra parte, el aliento y la orina de Juan tienen muy mal olor; producto de que el cuerpo, desesperado, no sólo se está comiendo las grasas, sino incluso los

cuerpos cetónicos, producidos por la degradación de éstas y que otorgan en dichas condiciones dos terceras partes de la energía que necesita el cerebro. Órganos como el hígado y los riñones ya han comenzado a dañarse.

A los veinte días, Juan entra en la tercera fase. Las reservas de grasa de su organismo han disminuido tanto que prácticamente lo único que le queda son los tejidos musculares: el último recurso. Su cuerpo se va pareciendo al de un anoréxico mientras los músculos son consumidos día tras día. Recupera el apetito que había perdido, y de forma desmedida, pues todo en su cuerpo grita pidiendo que le evite la crisis que se aproxima. Juan muestra múltiples edemas, signos de albuminemia y el sistema inmunológico colapsa, por lo cual es víctima fácil de las infecciones y de cualquier enfermedad a la que se exponga. A los treinta días es tal su cansancio que prácticamente no puede hablar. A los cuarenta días, la inmovilidad es la norma y sufre de desmayos frecuentes y convulsiones. Múltiples órganos comienzan a colapsar y en muchos casos el daño es ya irreparable. Sin embargo, el cuerpo de Juan continúa luchando por sobrevivir; por lo que no morirá hasta los sesenta días, e incluso podría llegar a sobrevivir tres meses, pues hay ejemplos de ello. Cuando fallezca,

lo más probable es que la causa última sea un fallo cardíaco o falta de riego al cerebro.

Respecto de la huelga de hambre y de su eficacia como forma de protesta, vale la pena recordar las palabras de un líder latinoamericano el 18 de agosto de 1981, cuando Margaret Thatcher, la *Dama de Hierro* —lo de “dama” es un decir—, dejó morir a los últimos entre diez activistas del IRA —llamados Bobby Sands, Francis Hughes, Raymond McCreech, Patsy O’Hara, Joe McDonnell, Martin Hurson, Kevin Lynch, Kieran Doherty, Thomas McElwee y Mickey Devin—, que en un período de siete meses hicieron huelga de hambre en defensa de su estatus como prisioneros políticos y de su derecho a vestir sus propias ropas en lugar del uniforme carcelario.

La tozudez, la intransigencia, la crueldad, la insensibilidad ante la comunidad internacional del gobierno británico frente al problema de los patriotas irlandeses en huelga de hambre hasta la muerte, recuerdan a Torquemada y la barbarie de la Inquisición en plena Edad Media. ¡Tiemblen los tiranos ante hombres que son capaces de morir por sus ideas! Tras sesenta días de huelga de hambre, al lado de este ejemplo, ¿qué fueron los tres días de Cristo en el Calvario, símbolo durante siglos del sacrificio

humano? ¡Es hora de poner fin, mediante la denuncia y la presión de la comunidad mundial, a esa repugnante atrocidad!

Aun cuando las anteriores palabras reflejen de forma fiel el espanto y el horror, e incluso celebren, bajo cierta mirada, el triunfo de la voluntad humana frente a su propio cuerpo en defensa de un ideal, no deja de ser paradójico, e incluso repugnante —como recuerda *Simón Boccanegra*, alias de Teodoro Petkoff en el diario venezolano *Tal cual*— saber quién las dijo: Fidel Castro Ruiz. Repugnante, porque durante el gobierno que él y su hermano han liderado en Cuba ha habido al menos once reportes confirmados de muertos por huelgas de hambre, a varios de los cuales les fue negada incluso la atención médica. De hecho, en el caso particular de Roberto López Chávez se afirma que cuando el 10 de diciembre de 1966 pidió agua, los guardias le orinaron en la boca y el prisionero murió durante la jornada siguiente: el día número 70 de su huelga de hambre. Horrores que continúan hoy, como recuerda el fallecimiento reciente de Orlando Zapata Tamayo, tras 86 días de huelga, y el caso de Guillermo Fariñas, disidente cubano que, para la fecha en que se escribe esta minúscula, va a cumplir un mes sin consumir bocado.



revista  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
ISSN: 0120-2367

Rector  
Alberto Uribe Correa  
Vicerrector general  
Martiniانو Jaime Contreras  
Secretario general  
Luquegi Gil Neira

Director: Elkin Restrepo  
Asistente de dirección:  
Lina María Ruíz Guzmán  
Diseñadora:  
Marcela Mejía Escobar

Auxiliar administrativa:  
Eugenia Álvarez Sanchez  
Corrector: Andrés García Londoño

Comité editorial:  
Jaíro Alarcón, Carlos Arturo Fernández,  
Efrén Alexander Giraldo, Patricia Nieto,  
Juan Carlos Orrego, César Ospina,  
Martha Alicia Pérez, Luz María Restrepo,  
Alonso Sepúlveda.

Agradecimientos:  
Vanessa Franco  
José Zuleta

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:  
Departamento de Publicaciones,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 28, oficina 233,  
Ciudad Universitaria  
Calle 67 N.º 53-108  
Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14  
Fax: (574) 219 50 12  
revudea@quimbaya.udea.edu.co  
Página web:  
www.udea.edu.co/revistaudea  
Versión digital  
www.latam-studies.com  
http://oceanodigital.oceano.com/  
Publicación indizada en: MLA,  
Ulrich’s, CLASE

Canje:  
Sistema de Bibliotecas,  
Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria  
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno  
N.º 00238  
Tarifa postal reducida para libros y revistas  
N.º 843 de la Administración Postal Nacional

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Por tanto, el potencial real de la huelga de hambre es relativo, pues depende de lo despiadado del gobierno de turno y de lo fuerte que se sienta interna y externamente. A Gandhi, esta forma de lucha le sirvió para independizar a la India y cesar la violencia entre musulmanes e hinduistas en los días más negros de Calcuta, pero, generalmente, como demuestran bien Thatcher y Castro, los gobiernos, tanto de derecha como de izquierda, sólo se fijan en el dolor ajeno cuando les conviene. La misma indiferencia que reflejan las políticas mundiales frente a los mil quinientos millones de personas que diariamente padecen hambre sin haberla elegido como método de lucha política, sino por una causa tan simple como la extrema pobreza que las lleva a vivir en su cotidianidad, en su diaria existencia, los mismos horrores que padece cualquier huelguista. De estas personas, cada día mueren por inanición más de veintisiete mil; o lo que es lo mismo, cerca de diez millones de personas mueren cada año por simple falta de comida. No obstante, ello no impide que continúe siendo una práctica común botar la leche en los ríos o dejar pudrir los cereales en los silos para aumentar su valor en el mercado, en esta civilización enferma en que vivimos.

agarlon@hotmail.com



Esta publicación pertenece a



**Asociación de Revistas  
Culturales Colombianas**

## Los comedores de tierra

Ignacio Piedrahíta

El terremoto de Haití puso en evidencia la miseria de un pueblo, más allá de la mala fortuna de tener su capital sobre una potente cicatriz geológica. De todas las carencias de los haitianos, el hambre es tal vez la más amarga; un hambre tan rampante y desbordada que encuentra en las galletas de barro un símbolo que parece fruto de una imaginación perversa. Son delgadas como un disco, tienen el tamaño de un cenicero, y al secarse conservan las huellas de las manos que las han moldeado. Sal, manteca y lodo son sus ingredientes, y constituyen una especie de pasabocas que sirve para entretener el estómago hasta que haya oportunidad de tomar algún alimento verdadero. Es un *snack* que los haitianos van royendo a pedacitos.

Visto de ese modo, el hábito de comer tierra parece una costumbre propia del infierno y de la injusticia humana, interpretación que hizo más de un literato para dar efecto a sus columnas de opinión en los días posteriores al temblor. Pero la geofagia se ha practicado en muchos momentos y lugares, y no siempre bajo el acicate de la necesidad, pues es muy humano el deseo de paladear los manjares de la mineralogía. De hecho, el problema no es la tierra misma, sino, por una parte, las dosis, y, por otra, la idoneidad de los ingredientes. Hace algún tiempo, en Haití, dichas galletas se hacían de una arcilla comestible que fue aumentando su valor hasta obligar a las mujeres que las preparaban a utilizar un barro contaminado que actualmente recogen

en lugares cercanos a basureros públicos.

Además del agrio contexto haitiano, son muchos los casos en los que el ser humano ha mostrado debilidad por el suelo que cubre la tierra. Entre los viajeros que recorrieron Colombia en el siglo XIX, Charles Saffray fue uno de los que describieron dicho hábito entre nuestros coterráneos. Dice el británico sobre un muchacho indígena del Bajo Magdalena: “tenía un color pálido, casi lívido; en su mirada notábase una fijeza que me hizo daño; sus ojos carecían ya de brillo; y sus miembros enflaquecidos parecían demasiado débiles para sostener una voluminosa cabeza y un vientre enorme”. Naturalmente, todo en exceso hace daño, aunque pequeñas dosis de tierra puedan ayudar a salvar la vida. Cuenta el mismo Saffray que en la Europa de la Guerra de los Treinta Años, se vieron en Pomerania, en Suecia y en Finlandia, poblaciones enteras que comían una arcilla llamada “harina de montaña” para poder sobrevivir.

La geofagia, por su rareza en la cuadrícula del pensamiento moderno, se muestra muy proclive a pasar por un hecho ficticio. El caso más conocido en nuestra literatura es el de Rebeca, en *Cien años de soledad*, la niña huérfana traída a Macondo por los indios, que se quedó a vivir en casa de Úrsula bajo pretexto de ser hija de unos primos. Durante sus crisis emocionales, la muchacha comía tierra para calmar la ansiedad, lo cual no sería peor remedio que cualquiera de los ansiolíticos que se consiguen hoy en el mercado. Se sabe que este personaje fue inspirado en una hermana del escritor que era dada a practicar el geofagismo. Y no son pocas las personas que confiesan que se les hace agua la boca al manipular la tierra

húmeda del jardín. Sus aromas les excitan las papilas gustativas de la misma forma que lo haría el mejor de los manjares, y si se contienen es quizá por afecto a los modales en uso, no por un rechazo genuino de sus cuerpos.

Trocar el hábito de comer tierra en un símbolo de atraso y pobreza de espíritu es tal vez demasiado seductor para cualquier escritor. Tal es el caso de Carpentier en *Los pasos perdidos*, donde, a secas y sin explicaciones, pone como prueba de extremo salvajismo de la tribu de los *shirishanas* el mero hecho de alimentarse de tierra. Cosa diferente es el reporte del padre Gumilla sobre los *otomacos* en el Orinoco. Narra el misionero jesuita del siglo XVIII la costumbre de estos indios de preparar una especie de pan hecho a base tubérculos (o frutas), manteca y tierra roja; ingredientes con los que daban forma a una masa que se sometía a la fermentación y luego al calor del horno. Al parecer, los otomacos tenían aquel bocado como una de sus mejores viandas (por lo que había que hacerles la atención de probar, dice el misionero). Más colorida y más dicente le parecerá al lector esta última descripción que la simple mención de Carpentier de la ingesta de tierra como símbolo de barbarie, y estará de acuerdo con el ilustre Gumilla en que “no hay cosa que tenga todos los visos de falsa, que no se haya originado de alguna verdad”.

La geofagia no ha sido, pues, un símbolo de atraso en sí mismo, ni de pobreza. Y, además, no pertenece estrictamente a otras épocas. En Aymara, la lengua del altiplano boliviano, existe la palabra *phasa*, que quiere decir arcilla comestible, y en quechua la de *ch'aco*, con igual significado. Los antropólogos peruanos han identificado más de dos docenas de arcillas comestibles que

se ingieren aún hoy como plato fuerte o como complemento, y no sólo se usan como fuentes de minerales, sino como desintoxicante o como remedio para las afecciones gastrointestinales. Se cree que debido a las propiedades físicas de las partículas que conforman las arcillas (granos aplanados que se disponen en capas), éstas sirven para el tratamiento de úlceras gástricas, pues forman un manto protector que permite la regeneración celular.

De modo que el hecho de que se coma tierra en Haití no es en sí mismo una costumbre bárbara; bárbaro es que la intensa pobreza haya llevado a que la arcilla ingerida no sea ya de la variedad comestible, y que esto se hubiera convertido en la única comida disponible para muchos. Ojalá que en un Puerto Príncipe reconstruido pueda encontrarse una buena galleta de barro, hecha con excelente manteca y con arcilla de primerísima calidad. Eso sí, que no sea obligación, para el visitante, probarla; ni siquiera en aras de la buena educación.

agromena@gmail.com



*Serie Interiores*, 50\*70 cm, 1978

## Literatura y tecnologías

Eduardo Escobar

Un amigo me envió por correo electrónico el texto humorístico de un escritor desconocido para mí, un texto divertido y liviano con esa falta de perspectiva propia de los textos humorísticos. Era una requisitoria contra el daño que traerían, según el autor, a la literatura las nuevas tecnologías, en especial el teléfono móvil, o celular; “cedular”, dice la señora que me lava la ropa.

Ignoro por qué mi amigo, siempre cauteloso en sus conceptos, me envió una nota negativa contra la tecnología precisamente por correo electrónico, esta autopista infinita que compartimos. Y teniendo en cuenta que en un tiempo él usó para firmar sus poemas un seudónimo que recordaba la matrícula de un automóvil de la Florida.

Recuerdo la alarma de mi amigo cuando en una visita a mi casa hace años descubrió que yo escribía en una máquina eléctrica. “No entiendo cómo



se puede escribir poesía en una máquina eléctrica”, me dijo. Pero más tarde en una visita a su casa quedé perplejo ante el poderoso computador negro de su estudio. Temiendo escandalizar su amistad, nada le dije. Además, pensé que tal vez seguía escribiendo sus poemas a lápiz, con un lápiz con borrador para hacer sus correcciones sin dejar huella de sus arrepentimientos, y que usaba el computador para las copias definitivas.

Pero vamos al texto del envío, titulado “El celular de Hansel y Gretel”. Su autor, Hernán Casciari, cuenta que una noche mientras contaba a su hija Nina ese cuento de los hermanos Grimm en el que dos niños descubren que los pájaros del bosque se han comido las estratégicas bolitas de pan que dejaron esparcidas por el camino para marcar el regreso a casa, ésta le dijo que no importaba, que siempre podrían llamar a sus padres por el celular.

No es preciso repetir el cuento escabroso como casi todos los cuentos para niños. Importa la tristeza que embargó a Casciari cuando su hija, en el clímax de la fábula, dijo lo que dijo, es decir, que los niños podrían llamar a sus padres por el celular. Y Casciari comienza a despotricar en consecuencia contra la telefonía inalámbrica, y afirma que la literatura del pasado, sobre todo la clásica, a la cual recurre para justificar sus verbigracias, sólo fue posible gracias a la incomunicación de sus personajes. ¿Qué hubiera sido de Odiseo de haber contado con un teléfono portátil?, se pregunta Casciari, que perdona los teléfonos de antes empotrados en la pared, los del principio de la telefonía doméstica, para concentrar su saña en los teléfonos milagrosos de hoy de amplia cobertura, con servicio de correo electrónico y de chat, y la posibilidad de enviar mensajes

de texto o de realizar llamadas internacionales cuatribanda. ¿Funcionaría la trama si los personajes hubieran podido generar videoconferencias?

Nina, sin darse cuenta, dice Casciari, le abrió la puerta a una teoría espeluznante: la telefonía inalámbrica va a hacer añicos las viejas historias en el futuro. Yo creo, sin embargo, que la pasión de narrar se las arreglará de todos modos para adaptarse al progreso de los medios. Claro que Penélope no habría esperado en incertidumbre si Ulises hubiera llamado desde la casa de Calipso. Pero Ulises no se diferencia de tantos maridos de hoy, que hasta donde sé, muchas veces regresan a casa de madrugada con marrullas e inventos griegos, después de haber pasado la noche con una vecina, incluso con la disculpa de que no pudieron llamar porque se les descargó la pila del celular en una autopista anegada.

Una amiga de Cali me contó cómo sus amigas burguesas llevaban la cuenta del marcador de kilometraje de los autos de sus imprevisibles esposos para cerciorarse de que habían ido de la oficina a la casa sin extravíos por los vericuetos homéricos de algún motel de Buga. Y los Otelos de hoy no precisan de un Yago hábil para hacer preguntas capciosas levantando las cejas, pues ahora basta el registro de las llamadas en la memoria del teléfono celular, o una incursión imprudente en el historial del correo electrónico de Desdémona, para precipitar a los pobres amantes en los cenagales de los celos, ese monstruo que ensucia su alimento, según Shakespeare.

Claro que Caperucita con un teléfono celular contaría un cuento de otro color. Quizás el de la niña real cuya noticia trajo el periódico, que chateó con un novio virtual meses y

meses, y con el tiempo pasó de las declaraciones inocentes a los comentarios sexuales explícitos y a las charlas obscenas. Y cuando el calor subió de punto, se citó con su novio intangible no en un bosque, sino en una cafetería discreta en un centro comercial, para descubrir que su querido lobo era su propio padre, un padre lleno de sucias fantasías con niñas como ella.

Dice Casciari que un alto porcentaje de las historias que contaron los veinte siglos que nos anteceden tuvieron como fuente del conflicto la distancia, el desencuentro, la incomunicación. Y que existieron gracias a la ausencia de la telefonía móvil. Pero me parece que sobrestima las nuevas tecnologías. Después de todo, éstas no garantizan la genuina comunicación, y en la fabulosa telaraña de la red, tanto como en las hablas de la cantina decimonónica, no hay más que una soberbia urdimbre de ocultaciones que la literatura siempre hallará el modo de explotar. Las palabras, cualquiera sea el medio por el que fluyan —el simple grito, la confidencia alambrada, o el Rumor, díos homérico—, jamás consiguieron expresar por completo el alma misteriosa del mundo ni la flor llena de pliegues del corazón humano.

En últimas, el texto de Casciari desmiente su propia argumentación. Pues las nuevas tecnologías le sirvieron para escribir un texto agradable, liviano e injusto como todos los textos humorísticos. Recuerdo, a propósito, que los nadaístas de Medellín en los místicos años sesentas, cuando aún sobrevivían algunos pocos teléfonos de pared, imprimieron un volante que decía: “Dios te llama: contesta al teléfono”.

Si Julieta hubiese tenido un teléfono móvil, dice Casciari,

habría escrito este mensajito de texto:

M HGO LA MUERTA,  
PERO NO STOY MUERTA.  
NO T PRCUPES NI  
HGAS IDIOTCES. BSO.

Y el problemón que sigue se habría evaporado. Afirma el humorista que lo que vino a decirle Nina sin querer es que la tecnología entorpecerá las historias que contemos en adelante. Pero yo pienso otra cosa. Al fin de cuentas me parece más obvio un teléfono, celular y todo, que esos dioses que entorpecen el curso de las cosas en *La Ilíada* envueltos en nieblas repentinas.

Borges expresó también su desdén por los inventos modernos en la literatura, trenes y teléfonos, como aparatos impropios para la poesía. Pero no dejo de acordarme del trayecto de *Lolita*, de Nabokov, cuando el paranoico cincuentón y su nínfula, en su saga por los moteles norteamericanos, advierten que los sigue un enjambre de autos de diversos estilos, marcas y colores. Entonces el relato se convierte en un hermoso poema al automóvil. Hermoso como el inventario de las naves en el libro capital del hipotético Homero.

eleonescobar@hotmail.com

## ¿A quién pertenecen las cartas?

Paloma Pérez Sastre

*En julio llegó una carta suya, que traía dentro flores de jazmín.*  
Boris Pasternak a Renata Schweitzer

Virtuales o de papel, las cartas personales son una conversación íntima y confidencial entre dos ausentes. Creo que la gran ventaja de estas pequeñas piezas sobre otras formas de comunicación reside en su asincronía, según la cual quien escribe puede decir todo lo que lo motiva, descargar si quiere todo el contenido de su pensamiento, sin interrupciones indeseadas. De tal alternancia catártica se deriva la sintonía espiritual o, como se ha llamado: la comunión o éxtasis epistolar.

En esencia, parece estar claro que sólo dos personas intervienen en el acto epistolar, pero no, resulta que hay terceros lectores —suponiendo que los dos primeros sean escritor y destinatario—. Se trata de la figura del interceptor: aquel que capta un mensaje antes de su destino, o aquel que, sigiloso, husmea en papeles que no le pertenecen. Existen también terceros autorizados, conocidos o anónimos: los que leen cartas abiertas y epistolarios publicados. Pero el más odioso entrometido es el que lee cartas de amor ajenas.

Su cercanía y lenguaje espontáneo conectan las cartas con géneros como la autobiografía, las memorias y los diarios, y las convierten en fuentes ideales para completar biografías. Tal función parece autorizar a biógrafos y a editores para satisfacer el natural y morboso deseo del público de

entrar en terrenos vedados. A esa curiosidad apela la técnica misma cuando se pone al servicio de la creación literaria; es cuando el tercer lector adquiere legítima presencia desde el acto mismo que origina la obra. Por eso me sorprendió encontrar un entrometido pudoroso en José Libardo, quien, después de leer la novela de carácter epistolar *Las cuitas de Carlota*, de Helena Araújo, me confesó su incomodidad con la sensación de estar haciendo algo indebido leyendo la correspondencia de Zana y Eliza. ¿Por qué tomarse tan en serio una estrategia narrativa?

Ejemplos hay en los que el principio de intimidad parece traicionado por el propio autor, y en los que el destinatario se desdibuja para convertirse en mero pretexto. Marguerite Yourcenar hacía copias al carbón de toda su correspondencia —incluso de las tarjetas postales—, que luego Grace Frick, su compañera y secretaria, clasificaba y archivaba con cuidado. Lo que significa que Grace intervino como primera tercera lectora, traductora y editora de la cuantiosa producción epistolar de la autora belga. Casos en los que el autor no se quita la investidura ni ante sus amigos, abundan.

Hay uno diciente en especial: es célebre el escándalo provocado por André Gide cuando Madeleine, su prima-esposa, quemó todas las cartas que el poeta le había dirigido, poco antes de la muerte de ella y en venganza por su partida con un mancebo. Fue tal la congoja de Gide por la pérdida de sus obras, que cada rincón de París oyó sus gritos desgarrados. En todos los casos, para editores y autores, tal celo obedece a la idea de que hay que salvar las cartas siempre, pues el espíritu permanece en ellas. Pero yo me pregunto, ¿de quién son las cartas?



El último 31 de diciembre de sus vidas, los padres octogenarios de un amigo mío se dieron a la tarea de releer las ciento y pico de cartas que se habían escrito, y las fueron quemando una a una. Bello ritual con el que cerraban la posibilidad de otras miradas y aseguraban eterno secreto. Oyendo la historia, recordé el paquete de cartas de amor de mis padres que guardo desde que mi mamá las puso en mi custodia hace tiempo; y me sorprendió darme cuenta de que, salvo un saludo, no he leído ni una sola línea.

Envueltas en la bolsa de un almacén que hace tiempo no existe, han sobrevivido a múltiples cambios de casa; y ahora, desde un armario de madera, esas potenciales fuentes de saber ejercen su presencia perturbadora; allí permanecerán mientras mi madre viva. Sé que encierran



Serie Billares, 1985

una historia con tintes novelescos; supongo que en ellas laten rasgos del espíritu del hombre que fertilizó el óvulo y murió cuando apenas la piel empezaba a templarse; del hombre que sólo fue una idea hasta que se hizo tangible hace diez años en la foto que reveló, por fin, el secreto de la forma atípica de los ojos de mis hijos.

En el pudor de José descubrí la clave de mi reserva: no seré la

tercera inoportuna; nada tienen que hacer los hijos en la habitación de los padres. En la historia de los padres de mi amigo pre-veo el destino de esos viejos papeles, con distinta liturgia e idénticos fines.

¿Qué seguirá después de “Distinguida señorita”?

palomaperez@une.net.co

Profesora de la Universidad de Antioquia.



## Memorias del subsuelo limeño

Juan Carlos Orrego

No debe extrañar que Lima haya sido escenario de muchas páginas de la literatura siniestra, como lo prueban —es sólo un ejemplo casual— los relatos de Ricardo Palma, cuyos personajes son no pocas veces aparecidos y curas herejes que, en noches lóbregas, deambulan sin sosiego por las callejas solitarias. Ocurre que en la ciudad fundada por Francisco Pizarro vivieron, por muchas décadas, mustios virreyes, además de que tuvo asiento una sede de la feroz Inquisición. Sin embargo, esos ministerios grises quizá poco signifiquen frente al dato más tenebroso de la ciudad: los veinticinco mil muertos que reposan bajo sus calles.

En el centro de la ufana Ciudad de los Reyes, en el cruce de Ancash y Lampa, se alzan la iglesia y el convento de san Francisco de Asís. Allí, bajo buena parte del sacrosanto complejo, un dédalo de catacumbas esconde los huesos de los difuntos

acumulados durante varios siglos de piedad funeraria. El campo-santo a cielo abierto más popular de aquella capital ilustre —el Cementerio Presbítero Matías Maestro— apenas se fundó en 1808, de modo que las fosas comunes del laberinto franciscano fueron, con sus frías camas de tierra y cal, la última morada de incontables americanos y europeos de los siglos XVII a XIX. José de San Martín se espantó ante la carroña y lobrete del laberinto, al punto de ordenar su cierre en 1821, aunque la consigna no fue del todo acatada: el general republicano poco o nada podía hacer contra el romanticismo de los sacerdotes de la orden que, hasta hoy, adjuntan a su carta de despedida la solicitud de ser olvidados en los oscuros pasadizos.

A pesar de la austeridad de la comunidad del santo de Asís, los franciscanos limeños han hecho de su convento un museo concurrido y a tono con las necesidades turísticas: además de que los guías hablan en incontables lenguas, una tienda de *souvenirs* espera al visitante al salir del claustro. Sin embargo, ese barniz de modernidad no esconde, ni siquiera de entrada, el ámbito pavoroso de aquella casa: al recorrer las salas que hacen las veces de largo preludeo a las catacumbas, los indicios de la precariedad y fugacidad de la existencia asoman sin recato. En los frescos sobre la vida de san Francisco ha sido retirada, en cumplimiento de severo tabú, la parte correspondiente a la cabeza del santo; más allá, un óleo de la última cena de Jesús deja ver, como plato central, un escuálido cuy asado. Hechos más sutiles también están untados de esa terrible languidez, como aquel de que, en un rincón ignoto, se levante un vencido Cristo de marfil. De acuerdo con

el escritor modernista Abraham Valdelomar, un crucificado tallado en dicha materia —y no en el mármol pagano de las desnudeces griegas— parece más verdadero, “porque el marfil es pálido, como la madera, como las carnes de los monjes ciliciados”.

De repente, después de un largo desfile de retablos y altares, sobre la pared de una cámara discreta, se abre el umbral de las catacumbas. La tosquedad de las paredes y la poca altura de los techos, así como el enfermizo olor a muerte antigua, obligan desde el primer paso a una marcha penosa a merced de riesgos incalculables. A lado y lado de un corredor terroso se disponen, en sucesión y escalonadas, sepulturas rectangulares repletas de huesos. Un toque de macabra decoración ha querido que en cada nicho no reposen esqueletos completos sino restos de una misma categoría, y así, por ejemplo, en un cajón hay tibias y, en otro, fémures. Cuesta imaginar al hermano de la orden que, por afición de anatomista o castigo infernal, se pasó las noches clasificando despojos humanos. Por lo demás, esa tarea íngrima ya ha sido descrita por César Vallejo: “son testigos / los días jueves y los huesos húmeros”.

El dédalo de sepulturas describe tantas evoluciones que es imposible formarse una idea clara del itinerario seguido. A una galería sigue otra semejante, o la senda se convierte, como por arte de magia, en doble corredor paralelo; más allá hay que cruzar un puente sobre una zanja o meterse casi a gatas por una fría boca del muro; a un lado hay una puerta a medio tapiar y, más adelante, la pared se transforma en la reja que protege un sistema de corredores no incluido en la guía turística, acaso el purgatorio privado de los seráficos padres franciscanos. También circu-

lan rumores sobre los remotos alcances de aquellos túneles, con mucha posibilidad comunicados con los sótanos del Palacio de Gobierno o de la mítica estación de Desamparados, hitos sembrados a un par de cuadras del fortín religioso.

Cuando menos se piensa, después de seguir una ruta ininteligible —una para la que sería vano invocar la ayuda del hilo de Ariadna—, se llega ante un pozo circular de diez metros de profundidad. En el fondo se contempla un cuadro que es, sin duda, lo más impactante de aquella funesta experiencia subterránea: un arreglo deliberado de cráneos y fémures. Con la curiosidad con que sólo podría decorarse un pastel de bodas, cabezas mondas y huesos largos se alternan en círculos concéntricos. Los guías explican que aquella construcción circular tiene la virtud de absorber las ondas sísmicas, evitando, con toda malicia, pronunciarse sobre la demente disposición de los despojos. Resulta claro, en todo caso, que allí las palabras están de más: el visitante no puede aferrarse a otra impresión que a la de saberse en el último círculo del infierno de Dante.

Se regresa del laberinto con un especial resuello de alivio y con una marca indeleble en el alma: la que da su verdadera significación al color siempre gris del cielo de la capital de Perú. Entre otras cosas, cuando se ha estado en las catacumbas se sospecha por qué el escritor Sebastián Salazar Bondy llamó, a su libro más célebre, *Lima, la horrible*.

languidamente@gmail.com



## Plagas

Claudia Ivonne Giraldo G.

La joven madre se levanta en la noche para dar de comer a su pequeño hijo; baja a la cocina y al encender la luz lo que ve la espanta: tres enormes ratas deambulan encima del mesón y escarban no sabe qué de la piedra en donde se pisa la carne. Otra noche la empleada del servicio, una pobre muchacha del campo, los despierta con un aullido atroz cuando aún no amanece; al ir a ver qué le ha ocurrido ella cuenta de un doloroso picotazo en el tobillo de su pie derecho: un enorme alacrán negro la ha picado y se ha escabullido por entre las baldosas del piso. Las anécdotas proliferan: una vecina

## Adpostal



**¡Llegamos a todo el mundo!**  
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE  
MEJOR A COLOMBIA  
Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS  
SERVICIOS

Venta de productos por correo, servicio de correo normal, correo internacional, correo promocional, correo certificado, respuesta pagada, post express, encomiendas, filatelia, corra, fax

Lo atendemos en los teléfonos  
243 88 51 - 341 03 04 - 341 55 34  
980015503 Fax: 283 33 45



no sacude bien su bata levantadora y el insecto hórrido le clava el aguijón antes de que pueda evitarlo. Y otra cuenta cómo, al acercarse a la cuna de su hija de seis meses, la espantó un enorme y amarillo escorpión que trepaba por la pata de la cuna.

A esta crónica de horror se suman los recuerdos que el deambular de las ratas por los cielorrasos falsos de las casas de la ciudad dejaron en los niños de entonces y de las “mortificaciones” a las que los enjambres de cucarachas, sometían a las amas de casa, quienes, más de una vez, vieron mancilladas por tales presencias repugnantes, desde la suave superficie de un merengue de la panadería de “Las Palacio”, hasta la piel tierna de las mejillas de sus pequeños hijos, quienes, para rematar, atormentados por las pulgas en la noches y los piojos en el día, parecían verdaderos “nazarenos”.

Preciso es pensar que en tiempos de los Beatles y del Rock and Roll, de los viajes a la luna y los radios transistores, muchos medellinenses convivían con niguas, chinches y garrapatas, por no hablar de las “carangas” muertas y resucitadas. Gentes, a quienes les tocó conocer tan conspicua fauna, aseguran que la había, y por montones, aun en las casas de las mejores familias. Una crónica terrible que no procede pues de la Edad Media ni de la Colonia, sino de la segunda mitad del siglo XX que ya ofrecía sus promesas de modernidad y confort a los parroquianos de entonces.

Para combatir las plagas, las amas de casa, y hasta las municipalidades, sólo contaban con el DDT, que olía a demonios y era muy tóxico para niños, animales domésticos y mujeres embarazadas. No fue sino hasta bien entrados los años sesentas cuando las empresas de fumigación tomaron el exterminio de las plagas por su cuenta: para combatir

a las cucarachas se mejoraron los venenos que, no se sabe si con intención o no, también alejaron a los alacranes, verdadera peste de pesadilla que halló hábitat en los techos construidos con cañabrava, los muros de tapia y los pisos de madera.

La guerra que se declara hoy contra las plagas nos da la impresión de que nuestro ambiente es más limpio, más seguro: vivir en un apartamento, en una urbanización, es garantía de que entre las cobijas no encontraremos desagradables sorpresas de ocho patas.

Sin embargo, otras plagas vienen y van, como los tiempos: en medio de la placidez de una noche silenciosa, la quinceañera, el señor que cumple ochenta, o la abuelita, son sorprendidos con la serenata de mariachis. “Negrita de mis amores” arranca y las cornetas se clavan como agujones en los oídos de los vecinos, quienes, tolerantes, deberán soportar el homenaje entero y quedarse, así, despiertos hasta que amanezca. En una urbanización se convive, se vive tan cerca de los otros... Un domingo de descanso, los muchachos, alentados por el hermoso verano, quieren darse un chapuzón en la piscina desinfectada con cloro; pero no pueden hacerlo sin que ese híbrido musical, el reguetón, suene para todo el mundo: cómo no compartir esas joyas con los vecinos, ni más faltaba. Y ahí sí, el veneno nos pone verdes, el pinchazo es casi mortal: duele la dignidad, duele el alma, duelen los oídos... Para tales plagas y tales venenos, para los odiosos zancudos y los perros chiquitos, hasta el día de hoy, nadie ha inventado un antídoto.

claudiaivonne09@gmail.com



## El valor de un barrio

Luis Fernando Mejía

La administración municipal de Medellín, al igual que lo hacen otros entes estatales, está empeñada en construir un parque recreativo cultural en un espacio ocupado actualmente por un barrio pobre. Lógicamente, para cumplir este propósito es necesario demoler las casas habitadas, previa compra de ellas a sus propietarios. Aquí surge el primer escollo, pues no siempre hay acuerdo sobre el valor real de cada predio. En apariencia, el metro cuadrado del inmueble se podría pagar por su valor comercial y asunto resuelto. Sin embargo, los habitantes de estos barrios no sólo habitan sus propiedades, sino que viven y disfrutan a diario de las calles y esquinas circundantes.

En un barrio popular el dueño de una casa de cien metros cuadrados es poseedor pacífico y alegre de otros mil metros cuadrados a la redonda. Disfruta de un espacio público que le sirve para el encuentro cotidiano con sus vecinos y para celebrar socialmente un cumpleaños, un bautizo, la navidad o el triunfo de un equipo de fútbol. Y también hace parte de la sala de velación de los muertos. La calle es la prolongación natural de la casa, en otras palabras, la calle es parte de la casa. Ambas instancias huelen a lo mismo, por ejemplo, a buñuelo caliente.

Para los técnicos, al servicio de la administración municipal, el espacio público no entra en la valoración del predio, pues estrictamente hablando, lo público ni se compra ni se vende, y, en consecuencia, no se valora. Seguramente esto es lo que dicen las

inanimadas normas jurídicas, pero la rica realidad dice otra cuando se estudia lo que ocurre en un barrio popular; algo muy distinto a lo que se presenta en uno de clase alta donde la calle es absolutamente extraña a la vivienda. Cuando un rico vende su apartamento cotiza exclusivamente su área, ni consciente ni inconscientemente se le ocurre pensar en la vía pública, pues no representa nada familiar para él; por el contrario, constituye una amenaza.

Para los pobres, hacinados e hirviendo en sus viviendas, es normal buscar aire y espacio por fuera de ellas. Cualquier motivo es pretexto para salir a la tienda de la esquina o para visitar al vecino. En las calles siempre se ve gente; los adultos en conversaciones eternas, y los niños y los jóvenes jugando cualquier cosa o haciendo nada. Todos se conocen, es decir, todos se quieren y se odian con gran armonía. Siempre hay razones para armar una gritería o un escándalo, sin que se ponga en riesgo la integración comunal, aunque todos terminen “empeñados llorando”, en palabras de Tomás Carrasquilla. Aquí todo transcurre a la intemperie y en constante movimiento, con inefable delicia.

Habitar y disfrutar la calle es un intangible que debe ser valorado cuando se propone la compra de un bien inmueble en una zona popular; pues en la práctica el propietario de una casa no la concibe aislada de un entorno que le resulta siempre amigable, cercano y hogareño. Entonces, cuando se va de su residencia abandona un mundo que trasciende las dos alcobas, la cocina y el baño, en el mejor de los escenarios.

Para un habitante de estos barrios, un cambio de habitación es más que un trasteo de enseres. Es el abandono de una vida

que se ha adherido a su espíritu para ensancharlo. Es dejar atrás rutinas gratas y acogedoras sembradas con raíces profundas en cada persona. Por eso, cuando se tiene que ir, siente que lo están arrancando de un terreno fértil y seguro. Más que alejarse de una casa se está renunciando a un mundo. Cabe, entonces, preguntarse cuánto vale en dinero perder este mundo, un universo tejido día a día, por años, que abarca varias generaciones que se conocieron desde las puertas siempre abiertas de sus viviendas. En estos barrios nadie está encerrado entre cuatro paredes.

Mientras los funcionarios resuelven qué hacer con los habitantes barriales, éstos quedan en vilo, a la espera de una propuesta decente o del ejercicio de la fuerza bruta, tan de moda para resolver los problemas humanos. Es pensable registrar un nuevo tipo de desplazados urbanos que no encuentran su vida en las ofertas burocráticas de la administración estatal; seres extraños en una nueva e impuesta realidad: ocupantes incómodos de una rígida y alta torre de apartamentos, sin iluminación, sin espacio, sin calles ni esquinas. Pero, eso sí, percibiendo con mayor intensidad los temblores de tierra y de la supervivencia personal. Literalmente, cazados y atrapados por el desarrollo, pero en la versión de los expertos contratados por el Estado.

Pasado un tiempo, la administración municipal promocionará sus realizaciones físicas y mostrará la imagen del nuevo parque recreativo cultural, pero esconderá vergonzosamente a las personas expulsadas de su hábitat natural, quienes no caben en el sofisticado concepto de desarrollo puesto en marcha por los gobernantes, tan afanados en exhibir cosas nuevas y, ojalá, bien grandes. ¡Que se puedan fotografiar!

Parece muy difícil entender cómo para muchas personas el mejor parque es su barrio, que puede ser renovado sin perder su esencia, sin obligar a nadie a romper abruptamente con su particular y concreta existencia, infortunadamente objeto de la sorda y ciega lujuria del poder. Por supuesto, tanta incompreensión puede obedecer a una simple dificultad neuronal que impide distinguir entre un barrio hecho con ladrillos y un barrio hecho con la gente. Un jeroglífico que siempre hay que descifrar.

lfmejia@udea.edu.co



## Un paseo por Pyongyang

Álvaro Vélez

*Abordemos el siglo XXI con el orgullo de haber construido un gran país.*

Cartel de propaganda en las calles de Pyongyang

Cuando Guy Delisle llega al aeropuerto de Pyongyang y es recibido por su guía norcoreano recibe de él un ramo de flores. Deslile ya ha sido informado sobre el asunto, sabe que las flores no son para él sino para ser llevadas a los pies de la enorme estatua de 22 metros de bronce de Kim Il-Sung, el eterno presidente que aún gobierna después de muerto, el amadísimo líder del pueblo de Corea del Norte.

Ese es uno de los episodios con que empieza este reportaje en historieta sobre dos meses de estadía en la ciudad de Pyongyang. Guy Delisle viaja a la capital

de Corea del Norte para supervisar el trabajo de una compañía de animación, subcontratada por un canal de televisión francés, para hacer lo que podríamos llamar el trabajo de maquila de los dibujos animados. Pero lo que sería una visita normal de supervisión de un empresa extranjera se convierte para Delisle en un viaje a un lugar completamente desconocido, un país que vive en el ostracismo, con una sociedad severamente jerarquizada, basada en el culto al presidente eterno Kin Il-Sung y a su hijo, el actual gobernante, Kim Jon-Il; una sociedad que sufre una recia censura, con unos gobernados que parecen zombies y en donde todo parece perfecto y limpio en la superficie pero oscuro y controlado en su interior.

Lo que muestra Guy Delisle en este reportaje en historieta, titulada *Pyong Yang. A Journey in North Korea* (Drawn & Quarterly Books: Montreal, 2007), es su visión “capitalista” de dos meses de estadía en el centro de un régimen de tipo estalinista. La ciudad es una sola propaganda pro-régimen; las vallas, los monumentos y las estatuas a los líderes son los únicos que tienen alumbrado público; todos los ciudadanos, so pena de ser considerados espías, llevan insignias de los líderes en el pecho de sus chaquetas; las figuras del presidente eterno y de su hijo, el iluminado y actual gobernante, adornan la pared de cada uno de los recintos cerrados de cada edificio que Delisle visita; el am-

biente marcial es omnipresente. “Oyéndoles, la guerra terminó la semana pasada y volverá a empezar cualquier día”, afirma Delisle cuando habla con su traductor, uno de los pocos contactos con norcoreanos que le es permitido tener durante su estadía. Con seis días de trabajo a la semana, un día de voluntariado y preparaciones para grandes acontecimientos, parece no haber tiempo libre ni de ocio entre los habitantes. El estudio de los dibujantes al que Delisle supervisa tiene en una esquina una colección de fusiles de madera, pues es obligación de los empleados entrenar en maniobras militares, durante la mañana, antes de entrar a trabajar en la maquila de dibujos animados.

Delisle describe una sociedad que parece de otro mundo, una ciudad marciana sin contacto con el exterior más allá de las ayudas humanitarias de las ONG, de los negocios de armas y de los trabajos subcontratados por empresas de Occidente. El autor se toma el trabajo de recopilar las experiencias de su estadía en esos dos meses, de llevar un diario de apuntes y de bosquejar monumentos, plazas, museos, calles, hoteles y parques para luego entregarnos una visión propia, en historieta, de esa extraña e inquietante sociedad. Los dibujos del canadiense Guy Delisle son de una gratificante simplicidad, explican y describen muy bien la atmósfera de Pyong Yang. Sus trazos son en lápiz, no entinta sus dibujos, lo que hace parecer que Delisle describe todo con sus dibujos de manera muy natural; da la sensación de mucha sinceridad en su relato, un asunto que se agradece, pues esa claridad contrasta con las increíbles historias que componen su reportaje.

Como un artillugio pensado para la ocasión, Delisle decide releer *1984*, de George Orwell, durante su estadía en Pyong

Yang. Se muestra un paralelo claro entre lo que contaba Orwell en su novela de 1948 y el régimen norcoreano de más de sesenta años de existencia: sólo existe un canal de televisión, pero los domingos se premia a la población con una canal más; lo mismo sucede con la radio, en la que a pesar de tener varias frecuencias, siempre parece estar transmitiendo la misma emisora; la electricidad es un privilegio para pocos, para los extranjeros y la cúpula de la dirigencia; no hay minusválidos en Corea del Norte, porque como le dice el traductor a Delisle: “Todos los norcoreanos nacen fuertes, inteligentes y saludables”, una prueba más del dominio y vigilancia del Gran Hermano.

Este es quizás el mejor documental que se haya hecho sobre Corea del Norte, y es una historietita. No es un logro aislado de Guy Delisle, pues él también ha publicado otros reportajes en cómic como *Shenzhen*, en China, especialmente en Hong Kong, o *Crónicas Birmanas*, en el sureste asiático, específicamente en el régimen dictatorial de Birmania. Pero probablemente *Pyong Yang* sea su obra más celebrada hasta el momento por la inverosimilitud de lo que sucede allí y, sobre todo, porque es un título que nos ayuda a entender un poco más acerca de esta sociedad casi extraterrestre que, a pesar de nuestra visión “capitalista”, parece que conocemos más que los mismos norcoreanos, como afirma el mismo Delisle: “Se aprende más sobre el país estando en el exterior que en el interior. Aquí, la gente ni siquiera conoce la existencia de los hijos de su dirigente”.

truchafrita@hotmail.com

Profesor Universidad de Antioquia



## Vecindario

Eliseo Gil

De atender a sus maneras, podría decirse que *Black* es un poeta. Y no de cualquier stirpe, así su aspecto tenga mucho de corriente y conozca menos de sofisticamientos y finuras a la hora del té, que para él es cualquier hora. La palabra “bardo”, con su carga de ironía, sería más exacta, si se considera su visceral resistencia a cumplir cualquier papel social distinto a aquél que ha escogido, y que pone en evidencia hasta dónde lo suyo lo gobierna un espíritu romántico y libre; en últimas, un sagrado desdén por todo lo que implica una vida burguesa. Y, así la palabreja haya caído en desuso, lo cierto es que evoca también épocas, las suyas, donde las cosas serían a otro precio.

A fines del siglo diecinueve, en París, y asiduo de tabernas donde el ajeno y el vino barato son el néctar, no de los dioses,

sino de los que nada tienen que perder, es la fantasía que se me ocurre cuando me cruzo con él en la calle y trato de darle a su figura un lugar, una atmósfera, una suerte. A pesar de su bohemia y “malditismo”, de su rechazo a lo moderno, no lo incluiría sin embargo en las tertulias del “dulce Lelián”, dado que sus ojos grises e inocentes, sin mácula alguna, convienen con los favores de la vida.

A ratos, dejando ir la mente, lo imagino igualmente al lado del cochero Whitman, el sombrero hongo, la bufanda colorida, el lenguaje procaz, recorriendo un día tras otro la bulliciosa Manhattan, gozando del placer de no tener ataduras y de llevar la vida como ella llega. Una estampa de otros días, ida ya para siempre, y que no caza con los comienzos de un siglo en el que el *shopping* y el espectáculo pasan por ser la nueva filosofía.

Su verdadero nombre es *Black Sabbath*, me dijo la otra tarde mi vecina del segundo piso.

—¿Como la banda de rock?

—Sí, cómo no.

Ambos sonreímos, pues ¿a

quién se le ocurre bautizar a un perro de semejante modo? Que ese sea su nombre, como suele ocurrir, dice más de su dueño, un espíritu de las tinieblas por lo que se sospecha y a quien hasta el mismo perro mira con recelo. Pero también, cuando hoy los animales en general llevan nombres de cristianos, hay que aceptar cierto grado de originalidad en acudir a éste.

*Black* es hijo del cruce espontáneo de razas y, como tal, es un ejemplar hermosamente feo, que no cumple tarea alguna, salvo la de andar metido en los juegos de niños a los que no se le invita, creyéndose seguramente uno más entre ellos. Nunca lo he escuchado ladrar una sola vez, por lo que un ladrón haría de él un buen cómplice. Mordisquea con verdadero entusiasmo de libertino los tobillos a las pipiolas y vigila con mirada torva que la cercanía de los pretendientes no se vuelva abusiva. En ese caso, acude a sus ancestros y finge tenebrosos llamados de alerta que ofuscan hasta al más lerdo. Cojea de una pata trasera, perdida en alguna guerra civil, lo que no le quita arrestos para divertirse con los pájaros que van y vienen, visitando las jardineras. En los días de verano, cuando se revuelca en el polvo, parece un tapete viejo. Con mirada pícaro, advierte que no tiene compromisos con nadie y que su verdadero oficio es la maldad... como entealequia. Y lo demuestra ejerciendo labor de carnicero con una tórtola entre sus fauces.

Se alimenta de las sobras que caen del banquete del vecindario. Su psiquis, dice el analista, la compone una amalgama de muchas cosas confusas, así que ninguna práctica y enseñanza hará de *Black* un ser distinto del que ya es.

Serie Billares, 1985



Revista de poesía

ARQUITRAVE

Director  
Harold Alvarado Tenorio

www.arquitrave.com

